

EL ESTADO DE-POR ASOCIACIONES

Lugar para instalar en "Autores católicos":
Reflexiones.

Autor: Manuel Lago González, Lic. en Teología
por la universidad de Navarra.

Fecha del escrito: 6-1-07.

Dirección, Adresse:

Parroquia de San Pablo. C. San Roque 124.

Interior. 36. 204. Vigo. Pontevedra. España.

Nota previa: este artículo probablemente tiene bastantes repeticiones, pero he preferido dejarlas tal cual, para que se vea el ir y venir del pensamiento ante el reto del estado como sociedad de sociedades en el que los fieles laicos (y hombres de buena voluntad) han de secundar el plan de la divina providencia.

Antes de proceder a elaborar este artículo he de remitir o invitar al esforzado lector a que consulte otros artículos como "Estado laical" y "estado laico"; y -por la importancia en la solución del problema que encierra-, el título "Protestantismo y subversión" o algo parecido. Además también conviene ver la Homilía de "Epifanía", apartado "A.-Portada", -sobre todo en el título "clerecía"-, donde se muestra el deslizante embrollo en que suele moverse ese cuerpo, perplejo desde la caída de las monarquías católicas, con las consecuencia patentes a nivel mundial.

La teoría y enseñanza católica sobre el estado es esencialmente moral, y por esa razón tiene que ver con la conexión de la realidad humana (y ésta lo es y de grave importancia) con la misma Divinidad, Quien cuenta en su Providencia con la colaboración humana, y con la realidad científica y natural. Vamos, que Dios gobierna de modo ordinario usando el principio de causalidad. Y los hombres son causas fulminantes, y que prenden como yesca al moverse, pero también, al quedarse

quietos, muy quietos. Vamos, que un hombre es un verdadero reguero de pólvora. Y más aún, cuando los hombres no se pliegan a la honesta eficiencia, el destrozo es colosal, como un marasmo horroroso y Campo de Agramante. ¡Y usted tan satisfecho en el fanal solipsista de su errática conciencia protestante, secundada por desgracia por infinidad de católicos, o malos o inconscientes e ingenuos;

¡Los problemas del mundo no son científicos, son humanos y nada más que humanos; ¡El peligro, el único peligro para el hombre, es el hombre y sus idioteces a las que llama ideas; ¡Sería muy bueno que los hombres empezasen a tener ideas que cuadren y no veleidades erráticas y atrabiliarias discordantes, ocurrencias caprichosas; ¡Al hombre hay que someterlo a las ideas, porque, lo que es hasta ahora, no ha hecho otra cosa que pervertirlas; ¡Llama ideas a cualquier cosa, y, estado a cualquier grupo de aventados;

Pues continuando con la arrancada, digo que esa moral del estado se reconcentra en el servicio a la persona. Y esa persona a su vez se debe y está abocada irremisiblemente a una vida moral de maravilloso y amplísimo calado, a una moral católica que vincula la vida humana a un único Dueño divino. ¡Es una maravilla poder afirmar que nuestra estancia en el mundo ha de tener la impronta de Jesucristo; (Yo de ninguna manera acepto la dogmática injustificable que Jesucristo es uno más, por la sencilla razón de que no se ha comportado como uno más. Con Él no hay posibilidad de religiones comparadas, son incomparables). (La moral que no es católica no es moral, es manca, ofuscada, endiosa la pura subjetividad autónoma y absoluta, le falta conexión). Y de tal modo la visión moral tiene que ver con Dios que nada deja de tener una relación con Él).

Hay pues una moral sobre el estado. Y el estado se empeña en no tener moral. Y si nos asociamos, no se lo permitiremos. ¿Y por razones democráticas? Claro.

Y si el estado no entra en un concepto moral, entra en el terreno de la locura autócrata de los sin-Dios, o de los que creen, pero no creen todo lo que Dios quiere que crean. Se trata de creer, aceptar, confesar, la unidad absoluta de la Humanidad, o lo que es lo mismo, confesar la unidad del género humano. (Insisto en que pluralismo, no es opuesto a unidad). Pluralismo no puede nunca implicar oposición, o enemistad. Existe la conjugación de los muchos que es de lo que trata la justicia. Y cuando no se la descubre ni se la acepta se está en plena confusión y algarabía y nido de grillos. Los hombres no somos incapaces de ver las cosas.

Por lo tanto: el estado es sólo servidor de la persona, de un modo muy determinado, dentro del concepto de justicia; y estaría llamado a servir de manera igualmente limitada a lo que ésta concede al individuo y a las sociedades por ella legitimadas. La legitimidad viene de la Justicia. Hoy no existe prácticamente el concepto de legitimidad proveniente de la justicia, y la clerecía no ha tenido fuerza -y por lo tanto ha sido inútil en ello- para exigir a sus fieles legitimidad de su status social. (Es de esperar que no se nos oculte tras el ramaje de leyes, frases, lemas, entuertos, volteretas y zaraguteos incluso con atuendos liberales o tolerantes que no pasan de ser puro vestuario de disfraces). Fuera de este planteamiento -cualquier tipo de régimen- se convierte automáticamente en totalitario, injusto, ilegítimo, y con propensión al genocidio y con suma querencia irrefrenable y berroqueña a la ingeniería social deshumanizante. (Los socialismos en esta carrera llevan muchas millas de delantera en fechorías y perversidades. Son inalcanzables, son los sin par, son pioneros del mal. Pero su vanidad y soberbia en la propia suma y total verdad (apostada tras un vano agnosticismo o escepticismo de escaparate) no se lo permite confesar. Es irredento e impenitente y al mismo tiempo infalible práctico, y veraz no practicante.

No hay mente humana capaz de alcanzar dicha perversión mental).

Las ideologías deben desaparecer por cuanto no son universalistas; les sobramos los demás, son exclusivistas. Llegan a tanto que sólo ellas se consideran demócratas, (o sea, son totalitarias, autoras natas de infames dictaduras que a veces provocan irresistibles reacciones desorbitadas, pero otras no tanto como quisieran, y que ni de lejos alcanzan sus siniestras cimas de maldad y egolatría. Pero ellas son los causantes, pues siempre están sembrando vientos, se dedican de modo compulsivo a ello; y sus polvos todo lo enlodan cuando el temporal deviene. Los socialismos están repletos de crímenes de lesa-humanidad. ¡Y no se encaran con ellos porque son embusteros en estado puro; Cuando dicen la verdad, no es por moral, sino por pura conveniencia torticera. ¡Usan, para sus manipulaciones, escudos humanos: los pobres, materia prima para sus fechorías! Son incomparables, porque nadie intentó lo que ellos perpetraron con seguridad infalible ya que no dudan ni se arrepienten, ni quieren ser juzgados como no sea por su capricho soberano. Se mantienen con mentira y propaganda de la misma especie y falsía. No tienen moral alguna, sólo conocen la conveniencia. ¡Calumnian sin cesar; ¡Son infames; ¡Y los que les brindan colaboración, no son menos ruines a pesar de su sonrisa bobalicona;

Las ideologías han influido tanto en la configuración de los estados que, para empezar, esa modesta y necesaria institución estatal ya presume de desconocer a Dios y a la persona con su orientación moral. ¡Por lo tanto, es preciso baldearlo cual zahurda y cuanto antes mejor; Esto está sucediendo ahora, (al día de hoy, como acabo de decir, gracias a los trabajos denodados de los Sin-Dios), ya que anteriormente a la aparición vírica y pestilente no sucedía tal cosa. (Y esa época la denigran sin cesar, y los pobrecitos protestantes viven y se alimentan de inventar,

enfaticar, considerar y magnificar y agrandar sin rubor, las pajas en ojos ajenos mientras sus vigas quedan en una inmaculada tiniebla). Pero de hecho el estado se ha puesto a sí mismo y adrede en ceguera moral, ciego cual Polifemo monstruoso; y su concienzuda labor consiste en dañar a la sociedad que pilota cual redentor de todo bien, su enemigo. Puede perfectamente ser denunciado ya ante un tribunal capaz (si lo hubiere) por los innumerables delitos que por omisión o acción se han extendido como pandemia. ¡Es el mayor delincuente de cada nación; Y con semejante ciego en cabeza de la sociedad no hay nada que esperar y el que se deja gobernar por él no queda exento de culpa.

Tomando a la persona como eje y su capacidad de asociarse, se sigue que ésta debe asociarse para todo tipo de bienes especialmente de carácter común. No se debe dejar en manos del Estado lo que pertenece al deber ciudadano libre y responsable - aunque aquél fuese católico o santo-. En líneas generales ya apuntamos en el propio título "sociedad de sociedades" el remedio. Y la actividad de éstas ha de guiarse por la justicia como medida de las acciones humanas. Y el estado es una de ellas; faltaría más.

Pues bien, como hemos escrito en los lugares citados, lo que procede es que los ciudadanos se asocien para todo tipo de actividades que afecten a la vida social, al bien común: educación de los hijos (el estado no es nadie), medios de comunicación, diversión, la sanidad, universidades, investigación, arte, la promoción social de todos. La sociabilidad humana si no se ejercita revierte en favor del totalitarismo o al menos, a favor de las manos ajenas a los propios interesados.

Los ciudadanos no pueden pasar impasibles ante lacras sociales, falta de vivienda por ejemplo o corrupción política; o educación o enseñanza que pervierte estando en manos del estado. No se trata

de regalar nada. Sí de orientar el capital, sin que pierda. Dar, no, que envicia. Invertir en el hombre es sumamente rentable. Pero no se puede invertir en el hombre sin catolicidad. (Experiencia nefasta ya es suficiente). Al margen de la catolicidad incluso el bien de convierte en mal; puesto que sin unidad no hay vida.

De hecho, -por poner un ejemplo demasiado recurrente pero lo cito por lo que significa a los ojos de mentes mágicas y fáusticas-, la masonería no es más que una asociación. Y el socialismo igualmente infame no es más que un medio de manipulación. Y ambos coinciden en ser un modo de sortear el imperio de la legitimidad. Y la derecha genuflexa no es más que la debilidad arrastrada cual cáscara de nuez. El deber ineludible de los laicos de asociarse, no les exime de legitimidad. Y la clerecía no puede permitir que sus fieles laicos estén abandonados, (que no libres). Todas las actividades humanas en su aspecto moral han de estar legitimadas dentro de la universalidad católica.

Las sociedades a-sin-moral se organizan y se conforman con unos cánones que se dan (que no tienen por qué tener un carácter eterno). Tampoco ello tiene por qué suceder con los principios deontológicos que afectan a las actividades humanas. La moral no siempre es fija, pero implica norma y ley y obligación auténtica. Los fieles católicos no pueden seguir invertidos. Han de legitimarse -como un senado no clerical en el corazón de la Iglesia. (La autonomía de las realidades terrenas no quiere decir que no pueda ser cifrado su "ethos" (su modo de ser) propio y que no tenga que ver con Dios Creador y Señor absoluto). Vamos, que la autonomía, no es anomia pues la autonomía tiene ley que se manifiesta en sí, pero no se la da a sí, es ley objetiva de cualquier carácter que sea, y como tal puede y debe ser fuente de moralidad. Y ello tiene una vinculación "sui génereis", pero real, con la universalidad católica. (Y en esto caben los no

católicos si se avienen). ¿Acaso no hay colegios de médicos, de abogados etc? No es lo mismo, pero semejante. La Iglesia tiene que encerrar dentro de sí todo el universo.

La clerecía todavía no se ha repuesto de la pérdida de las monarquías católicas y sigue a tumbos y bandazos, (como mareadita) sin entender la gravedad que latía tras la legitimidad desdeñada como medieval, constantiniana e imperial. (La verdad y la propaganda siempre es imperialista). (Esa ligereza frívola, engreída y presumida y apriorística, se paga con la actual postración y con el gimoteo derrotista y acobardado ante la avalancha de la patulea desafortada). Si se han perdido esas monarquías por la furia protestante y la marrullería a-inmoral de otros, no lo ha sido menos por la desidia y desvertebración de los fieles que no han contado con la autoridad clerical recia que les confortara. La clerecía se ha visto envuelta y se ha vuelto débil, huidiza, distante, formal, fideista y sin discurso universal. El clerecía ha de cuidar a los fieles, sin permitirles vivir en Babia, sin una fe y moral explicitada. No puede usar el hisopo para santificar y gobernar a los fieles. Cada uno tiene derecho y deber de hacerse con la quinta de la fe y moral que le pertenezca, sin arbitrarios recortes de tramposa tolerancia y bondad presumida. No está incardinada en el planeta. No se puede traicionar al fiel, ni menos facilitarles el paso a tal delito.

Es preciso consignar que este cuerpo está jerarquizado y no siempre las causas inferiores impiden la eficacia de las superiores, sino que puede suceder al menos teóricamente que las causas superiores, -con mayor extensión en su influencia-, impidan la eficiencia inferior. ¡Menudo tema, Dios me libre a mí y a todos de las tentaciones que encierra!

Si se barajan temas como el que estamos tratando, no se puede rehuir la legitimidad propia

de las realidades y su autonomía, pero no anomia a la que se incita. En el mundo todo tiene una formulación de verdad, del tipo que sea, y no es razonable que, al llegar a cualquier tema serio, hablar de libertad como cortina de humo en lugar de sumar y restar, medir y pesar. Y si no puede ser, -que sí lo es- hay que despedirse para siempre de la justicia y su universalidad y decir adiós a toda la sociedad, e incluso a la santificación de todas las actividades humanas. (Todo eso si es que -como se deja entender- no se puede determinar el bien y mal en todo orden de realidades; lo cual no elimina -como les parece- en absoluto pluralidad).

Y si esto no se quiere plantar en el corazón de la Iglesia es que esto no tiene peso, porque si lo tiene, debe ser numerado y tiene derecho a estar y formar parte del Cuerpo místico del Señor. La Iglesia -si incluye a los laicos- éstos han de poder estar incardinados como tales, -sin dependencias clericales pero sí morales- en el mismo Vaticano, en la Sede de Pedro. (Éste los necesita, y éstos también). Todas las actividades humanas nobles son de Dios y de sus hijos de buena voluntad.

Pero, ¿por qué hasta hoy la ingenuidad clerical, no ha afrontado la situación mediante la socialización de sus fieles. ¿Cómo es posible contentarse con la confesión ñoña, fácil y simplona, de cuatro verdades generales? (Pero es que ni eso se confiesa explícita y determinadamente) ¿Es que no se ha dado cuenta? Está enredada en principios, frases, leyes, costumbres y lemas. Pero no tiene claridad. No es expeditiva y no manda, no gobierna, y eso daña, es causa de inmensos males. Y si no manda ¿para qué sirve? Cuando algo es grave y es verdadero, se impone con autoridad. Y si no se impone, esa debilidad es culpable, se es causa de los daños que devienen. Si no se puede imponer a los fieles es que no tiene peso, es que hay dudas, es que no se va en serio.

Esta mentalidad se nota en los ritornelos obvios y grises, deshilados del entorno que los mira suplicante, (proteicos para M. Ferrand), que se quedan siempre fuera con las hadas de las nieblas, que eximen al humano (que se ha deshumanizado) y su propia causalidad inexorable al discurso, se quedan fuera de la familia como obra y proyecto y mandato, fuera de la clerecía como elemento estupendo si fiel y fuerza tuviera, fuera del estado que es campo de convivencia y trabajo para todos, fuera de las infinitas posibilidades que solicitan mis brazos. "Os habéis quedado sin discurso", dijo Paco Umbral un día.

¡La retórica -de la cual yo no me excluyo- es un disfraz engañoso! Y ante su tribunal me postulo, ese que tiene usted mismo en su propio corazón.

Y esto del estado no es nada nuevo, esto está disperso por todos los documentos de la Iglesia, pero después pasa por el cedazo de la prudente somnolencia que deja a los sembradores de cizaña hacer su agosto a placer y con todo el campo abierto, mirados por una sonrisa arcangélica de vista extraviada. Por eso después se ceba en esa clase de postura de sucedáneos grotescos: en operación Kilo a favor de Juan sin Tierra, y ayuda a cuarenta pobres que están contentos de serlo, y un pozo en Madagascar que se ha quedado sin cuerda, y una fuente en Corcuvió para los que están sin agua cerca, sin darse cuenta que el río de bienes pasa un poco más arriba, todo eso al fin y al cabo es recoger el salvado y se desecha el harinoso óleo para mazamorra. Se da la espalda a la osamenta social y se refugian en una caridad marginal como un limbo celestial, como si el mundo denso y fuerte, fuese ajeno al Dios del Cielo. Son "tics" para no afrontar el toro en el ruedo. Es mentalidad marginal.

No voy a repetir las frases dichas en la homilía de la "Epifanía". Pero es lo único que

queda. De otro modo, es preciso considerarse causantes, no sólo de la situación en la que estamos -desastrosa sin dudar- sino también de la que se nos viene encima, que el mal va a seguir creciendo sin nuestro consentimiento. ¡El problema que tiene la catolicidad -que es el cristianismo real- es que no acaba de tomarse en serio el principio de causalidad, y entonces todos los males que le acaecen se los aplica al Solsticio de Verano cuando el sol nos quema y tuesta. ¿Y por qué lo hacen? Porque quieren ser buenos a ultranza, ser tenidos como tales, y subir en la escala del vacío.

¿Y qué tiene que ver esto con la Iglesia? Dentro de la Iglesia han de ser consideradas todas las realidades humanas en su vertiente moral para que no se perviertan. Y ello no implica clericalizarlas ni que pierdan su autonomía, -que es imposible- sino que conste el bien que hacen y confiesen su proyecto. Y todo ha de ser autenticado mediante asociaciones donde muestran dentro de la familia católica su quehacer. Y por lo tanto todas las sociedades y todas las ciencias han de ser integradas. Y en la Iglesia de Dios -la unidad universal- se ha de patentar y entroncar la marcha de todo. Y si algo va en contra del bien conocido como justo y bueno, se elimina y punto. Y se prohíbe a los fieles la militancia en lo que no es legal por ser inmoral. Y si militan, quedan fuera porque dentro no ha de haber mal, si no hay penitencia. Y si esto no es así es que se toma la vida de broma. Pero los fieles tampoco pueden inhibirse pánfilamente, sin militar en nada, mientras que los demonios hacen su caldo gordo. Los fieles han de ser fieles dentro y fuera, y siempre católicos. Y fiel católico nunca deja de serlo sin pasar a ser infiel.

No se trata sólo de la acción política clara y con metas irrenunciables, sino también en la acción social de todos según sus profesiones y demás. De este modo, el estado, esté en manos de quien esté, se va a encontrar con una sociedad de

sociedades, vertebrada, explícita, y no una magma manipulable por los vivales y aprovechados. El capital de los católicos y hombres de bien ha de manifestar su moralidad en sus inversiones, y la música igual, y el cine también, y, y, y muchas cosas más que yo no me sé. Nos estamos jugando la laicidad entera.

Las sociedades cara a la configuración del Estado (y las otras también), han de ser aprobadas por el Papa, y antes de las elecciones ya se sabe lo que va a pasar. Porque sabríamos cuantos somos, y seríamos una fuerza no manipulable; y con partido o sin él, nos haríamos respetar como ciudadanos. Tendríamos fuerza para negociar y evitar ser manejados cual muñecos de guiñol. Y esto no significa que necesariamente tenga que haber un solo partido político honesto, ni siquiera teóricamente tiene que serlo. Los católicos necesitamos saber y hacer constar e incluso exigir que dentro de una deontología propia seamos reconocidos como hijos de Dios dentro de su Iglesia. Se nos va en ello el sentido divino de la vida humana.

¿Y van a ser manejados por el clero? Yo pienso que no debe ser así. ¡La laicidad debe ser asimilada en la Iglesia por derecho propio, por sí misma; La Iglesia debe mostrarse laical muy arriba, y ahí arriba han de estar grandes instituciones humanas laicales. Esas sociedades, por la "autonomía de las realidades terrenas", han de ser integradas -vía laical-. Las grandes sociedades laicales -cara a guiar los grandes temas estatales y sociales- han de ser integradas en la persona del Santo Padre por medio de una figura que es preciso crear si es que ya no la hay, que no tiene que ser sacerdote. (Para mí no debiera serlo). Esto es, que el Papa ha de tener como un senado propio y laical cara a pastorear las realidades terrenas por medio de los laicos en lo que le es propio. Los laicos han de crear sus propia reglamentación cual si magisterio para

lo concreto de lo que se trata. Lo que sea, pero que sea lo que la realidad laical reclama.